Los tres giros del triskel

Beatriz G. Díaz-Caneja

Los tres giros del triskel

Beatriz G. Díaz-Caneja

Avant
editorial

Primera edición, agosto de 2025
© Beatriz G. Díaz-Caneja, 2025

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com)

Diseño y Edición:
Avant editorial
Avenida de Londres, 6, Portal 1, Atico A,
28500 Arganda (Madrid)
www.avanteditorial.com
info@avanteditorial.com

ISBN: 979-13-87805-17-3
THEMA: FV - FFD
DEPÓSITO LEGAL: M-16005-2025

Dedico este libro a mis hijos, Hugo y Jaime,
a amigo José de León y a mi querida amiga Charo,
compañera de confidencias y a todos mis amig@s
... también a mis enemig@s

Índice

PARTE PRIMERA
SPICA 11

1. Flores de almendro 13
2. Caballeros de sombra y luz 33
3. Como es arriba, es abajo 58
4. Corona de Rosas 83
5. ‹‹Qui aperiunt ostium›› 107

Segunda parte
ARCTURUS 139

1. Anillo de boda lunar 141
2. Hiel y Cenizas 168
3. Los contornos del Averno 204
4. Tierra Salvada 232
5. De la sangre del manzano 258

Tercera parte
DENÉBOLA 285

1. Colinas de tormenta y viento 287
2. Cubierta de plata en la noche 308
3. El constructor de la torre 328
4. La emperatriz de los girasoles 349
5. Lapis Exillis 371

PARTE PRIMERA

SPICA

1. Flores de almendro

«Y llegó a un cierto lugar, y durmió allí, porque ya el sol se había puesto, y tomó una de las piedras de aquel paraje y la puso en su cabeza y se acostó en aquel lugar. Y soñó: y he aquí una escalera que estaba apoyada en tierra y su extremo tocaba en el cielo; y he aquí ángeles de Dios que subían y descendían por ella».

Génesis 28:1—12

Don Benjamín, el párroco del pueblo leonés de Valdemora, recorría con su pequeño utilitario la carretera comarcal que le acercaba hasta la ciudad de León. Atravesaba los campos que amanecían en los últimos días de febrero aún con heladas que el sol acababa convirtiendo en humedad, provocando que el verde que salpicaba el paisaje tomase una tonalidad más oscura delatando la presencia de agua en aquel punto. El coche recorría la desierta calzada, en la que el cartel informativo que dejó a la derecha, le indicaba que quedaban 10 km para entrar en León, la ciudad que se divisaba recortada en el horizonte.

El sol se alzó detrás de los campos saludando a la mañana, alargando un día más su permanencia en el cielo y anunciando en breve, el fin de los fríos. El cura se adentró en el polígono de Onzonilla y aunque estaba prácticamente ya en la ciudad, decidió parar el coche un momento, pues detrás de una tapia medio derruida que daba acceso a una vieja fábrica de piensos compuestos que no tenía actividad, vio entre los muros y las piedras un par de almendros cuyas ramas se abrían cubiertas de flores blancas y rosas.

Caminó entre los restos de piedras y ladrillos derruidos que poblaban la entrada de la nave industrial que había cerrado, como muchas otras, pues mucha gente joven emigró de los pueblos a la ciudad en busca de mejores oportunidades. Madrid, Barcelona o Bilbao, más prósperas y mejor industrializadas, atrajeron a la juventud, provocando con ello que las pequeñas empresas comenzaran a desaparecer, pues solo unas pocas eran suficientes para abastecer la demanda cada vez menor.

El cura de Valdemora, sonrió al contemplar aquellas pequeñas flores olorosas que enredaban el aire con su aroma, anunciando que la primavera estaba a la vuelta de la esquina. Se ajustó las gafas y se abrigó subiéndose el cuello de la pelliza marrón en un gesto maquinal cuando el aire frío trajo ráfagas de invierno, mientras contemplaba cómo las ramas y las flores de los almendros se mecían y agitaban como una promesa de esperanza. Sintió que en su interior se encendía una débil luz, que a medida que se extendía le produjo una sensación de júbilo que quería borrar las sombras que lo habían atribulado las pasadas horas nocturnas, cuando abatido, abandonó en el silencio nocturno su pueblo y condujo en dirección a la ciudad de León.

Sabía desde hacía un tiempo, que a veces las cosas sucedían de una forma aparentemente inconexa, pero que ocultaban un significado y un objetivo concreto al revelarse de pronto, incendiando con su luz las mentes más despiertas y cuando más perdido parecía encontrarse uno en los vericuetos de la desesperación, más cercano se encontraba de hallar las respuestas adecuadas, que emergían de las dudas y se convertían en certezas.

Conocía aquel pasaje de las Sagradas Escrituras que narraban como el patriarca Jacob, tuvo una visión en el lugar en el que encontró almendros, y lo llamó Betel pues al recostarse en una de sus piedras, vio en sueños a los ángeles del Señor que subían y bajaban del cielo a la tierra por una escalera. Don Benjamín sabía que la palabra «*almendra*» en hebreo significa «*luz*» y Betel era la «*casa de Dios*», y pensó que era una señal, como si Dios se manifestase ahuyentando las sombras, alzándose en los brazos extendidos del almendro que ofrecía sus flores en el despertar de la primavera, para aquel que, a su vez, despertaba con ella.

Hizo de manera inconsciente la señal de la cruz, contemplando el pequeño milagro de la naturaleza que ponía calma y serenidad en su conciencia, a la que llevaba el mensaje de que lo que hacía era lo

correcto, mientras el sol describía su viaje eterno que parecía cegarle con su luz pura al mirarle. comprendió que los elementos le hablaban, revelándole que de la penumbra nacía la claridad elevándose al cielo, aunque hundía sus raíces en la oscuridad de la noche y que luz y sombra eran las partes que conforman la misma cosa.

Aunque el sol avanzaba en su recorrido, aún era pronto, pensó, tras consular el reloj, para llegar a la cita que tenía. Ignoraba quién era la persona con la que debería entrevistarse y entregarle lo que llevaba encima, los documentos que le habían pedido que sacase de la iglesia de «*la Magdalena*» de Valdemora, así como las dos cruces de plata que tenían extrañas inscripciones y que ocultaba envueltas en una tela en el maletero de su coche.

Encendió un cigarro, mientras volvía a contemplar aquellas pequeñas y olorosas flores que le hablaban en un extraño lenguaje de eternidad, pues la almendra para el cristianismo representa a Jesucristo, y sintió al contemplar la belleza de los delicados pétalos rosáceos, que Cristo se mostraba en ellas, poniendo de manifiesto la revelación de la luz sobre la incertidumbre. Mientras estaba sumido en sus pensamientos, contempló a un grupo de abejas que se acercaban a las flores del almendro y observó por un momento como libaban el néctar de las flores zumbando alrededor de ellas. Sabía que las bellas flores contenían un veneno que era un derivado del cianuro. Al mirar de nuevo aquellos árboles, supuso que eran una variedad del «*prunus dulcis*», el cual producía semillas que no pueden ser consumidas por el hombre por contener ese derivado, pero que, sin embargo, a las abejas, no solo no les hace daño, sino que lo encontraban irresistible.

Se alejó de los almendros y caminó despacio entre los restos de ladrillos, que esparcidos se amontonaban cubriendo parte del suelo de cemento, dejando que la ceniza cayera sobre ellos, reflexionando sobre lo volátil de la esencia de las cosas, pues lo que para unos era bueno, para otros era malo, como en el caso de las abejas y el fruto amargo del almendro que escondía el secreto de sus flores. Pensó que para que existiera la luz debía de existir la oscuridad y por un instante eso pareció tranquilizar su espíritu, procurándole la respuesta que buscaba en los últimos tiempos, diciéndole de nuevo que hacía lo correcto.

Recordó cómo había encontrado aquellos objetos antiguos meses antes, mientras rebuscaba y ordenaba en la sacristía de la iglesia de Valdemora, rememorando aquellos hechos sucedidos y al hacerlo se sentó en una parte de la tapia de la fábrica, usándola a modo de

poyete, dando alguna calada, distraído, al cigarro que había encendido, esperando para retomar su camino y acudir a la cita convenida.

Los últimos vestigios de claridad se concentraban en la luz que las farolas proyectaban en la plaza del pueblo, que en pleno mes de enero aparecía solitaria y vacía de gente, salvo algún parroquiano que desafiando el frío riguroso se calentaba el cuerpo con el calor de un vaso de vino o con alguna copa de coñac que le servían en el teleclub, para ahuyentar el otro frío inmisericorde de la soledad.

Don Benjamín se había acercado a la iglesia, para preparar la homilía de la misa del domingo, buscando la paz y la soledad que le ofrecían los muros del templo, del que él era su párroco. Entró en la sacristía, no sin antes arrodillarse ante la imagen de la Virgen de la Piedad y santiguarse, notando el frío que despedía la habitación, desde cuyo ventanuco la noche se cernía sin luna y sin estrellas, y solo el aire helado que intentaba colarse por la ventana, esculpía cristales negros acompañando al cura mientras se concentraba y escribía el sermón.

Había puesto debajo de la mesa camilla un brasero eléctrico que le calentaba los pies, mientras pensaba y redactaba las palabras que le ayudasen a conectar con sus escasos feligreses, que acudirían a misa el próximo domingo y cuya presencia daba sentido a mantener el templo acondicionado los gélidos días de invierno. Las cuartillas sobre las que escribía se terminaron en un momento dado y don Benjamín se levantó para buscar más entre los estantes que formaban el armario que contenía sus trajes eclesiásticos de sacerdote, así como distintas casullas que usaba cuando decía misa y oficiaba nacimientos y entierros, además de otorgar el perdón de los pecados tras las confesiones.

Mientras buscaba más cuartillas para seguir con su quehacer, una de las tablas de los costados del armario cedió, provocando con ello que la tabla de madera que conformaba el fondo del mismo y que se empotraba en un hueco de la pared se resquebrajara y produjese una grieta, desgarrando con ello las vestiduras eclesiásticas que allí se guardaban. El cura decidió sacar la ropa y los objetos del armario roto, para ver la manera de arreglar aquel estropicio introduciéndose en él y al hacerlo, mientras miraba el destrozo, pudo sentir en su cara una corriente de aire que se colaba a través del fondo astillado e impregnaba de un olor a humedad el espacio cerrado del mueble.

Con la ayuda de una barra de hierro que había servido para soportar el peso de una de las estanterías que ocupaban la pared aledaña, acabó de abrir el espacio en el que detrás de la madera carcomida, descubrió restos de yeso que sellaban una oquedad tapada. Empujó lo que quedaba del tabique, del que acabó por desprenderse el resto del yeso que ocultaba la entrada, a lo que parecía un pasillo oscuro que se adentraba hasta el fondo y desprendía un desagradable hedor producido por el aire viciado.

Don Benjamín, consiguió al cabo de un rato de denodados esfuerzos separar con la barra la pared del fondo del armario, golpeándola varias veces, hasta que acabaron cayendo los restos del falso muro, despejando una entrada en la que pudo observar una escalera que descendía. No lo pensó dos veces, y tras hacerse con una linterna que siempre guardaba en un cajón de la sacristía por si se iba la luz, se introdujo como pudo por la abertura y comenzó a descender con cuidado aquellas escaleras, en las que faltaban la mitad de los peldaños hasta que llegó al suelo.

Iluminó con la luz de la linterna aquellas penumbras, tratando de orientarse, deambulando por el contorno circular que parecía tener el recinto, el cual mostraba un lugar tétrico y oscuro, en el que pudo distinguir tras el derrumbe de una de las paredes, un túnel que se abría paso en la galería continuando más allá de donde alcanzaba la vista. Las sombras que dibujaban los haces artificiales de la linterna se proyectaban en las paredes que rezumaban agua, formando sombras chinescas gigantescas y silenciosas, siluetas que parecían cobrar vida, moviéndose entre las grietas, como si arrastrasen el peso centenario de los constructores misteriosos que abrieron entre las piedras y la tierra aquellos túneles.

Se adentró por el pasadizo tras sortear como pudo los obstáculos de las piedras que obstruían el paso, enfocando con la linterna hacia un punto que se alejaba en un tenebroso pasillo. El constante goteo del agua, que se filtraba proveniente de un arroyo subterráneo que abastecía el pozo que suministraba agua a la fuente de la plaza, retumbaba en el espacio asfixiante como un eco persistente que se colaba entre sus pasos, que le condujeron hasta un montón de piedras superpuestas colocadas por manos invisibles, señalando una especie de itinerario en aquel mundo de tinieblas.

El frío intenso y la humedad que dispersaba el aire viciado en partículas de moho, hicieron que el cura retrocediese, dirigiéndose a la escalera carcomida por el tiempo que le condujo, de nuevo, hasta el hueco del armario que conectaba esos dos mundos separados por la tabla trasera del guardarropa de la sacristía. Se sacudió el polvo que traía en sus ropas y se calentó como pudo al abrigo del pequeño brasero que caldeaba, después de horas puesto, la habitación.

Tras calentarse las manos llevándoselas a la boca, soplando sobre ellas, y dejando que su aliento cálido entrase por las ranuras de sus dedos, volvió a colocar la tabla astillada del armario en la parte de atrás de este, golpeando con un martillo las astillas que más sobresalían para que no pudiesen desgarrar los vestidos sacerdotales que allí se guardaban. Cuando hubo terminado la tarea, había entrado en calor y sentado en la mesa camilla, decidió hacer un dibujo a modo de croquis, que describía el recorrido realizado en los lóbregos pasillos hacía un rato, con la intención de volver a adentrarse en ellos, sin saber muy bien que le empujaba a querer volver a deambular por esos pasadizos.

Consiguió centrarse según fueron pasando los minutos y el sermón que pronunciaría en la misa del domingo, fue tomando forma en las cuartillas que dibujaban al trasluz la figura de un galgo, que don Benjamín rellenaba de una manera casi febril. Cuando terminó se levantó de la mesa camilla y volvió a echar una mirada al interior del armario, asegurándose que su secreto recién descubierto permaneciese oculto a los ojos de los demás.

Miró el reloj y vio que era tarde, pensando que su hermana se estaría preguntando qué haría, pues habían pasado varias horas desde que salió de casa. Apagó el brasero y el interruptor de la luz, que sobresalía de un cable de la pared encalada y cerró tras de sí la puerta de la sacristía. Se arrodilló frente al altar haciendo la señal de la cruz y caminó entre las filas de bancos dirigiéndose hasta la puerta de la salida, que se encontraba delante de la pila de piedra de agua bendita y cerró con llave la iglesia.

Era noche cerrada cuando atravesó la desierta plaza del pueblo, pues el teleclub hacía rato que había cerrado, y casi a oscuras, tomó el camino en dirección a su casa, sintiendo como el aire frío le empujaba, amenazando con congelarle a él también, mientras andaba por las calles empedradas y silenciosas, en las que el olor del humo de las chimeneas, que aún permanecían encendidas en los hogares, le prometía una ansiada y tibia calidez.

Tras calentar la cena que su hermana le había dejado preparada, se acostó e intentó dormirse, pero al rato, las sábanas y las mantas acabaron convertidas en un amasijo informe que el cura intentó recomponer, mientras pensaba, una y otra vez a donde conducirían aquellos túneles que había descubierto de una forma tan casual. Después de un rato de dar vueltas en la cama, decidió levantarse, pues aquella noche le resultaba imposible conciliar el sueño y rebuscó entre sus ropas la cuartilla en la que dibujó un esquema de lo que había visto debajo de la sacristía de la iglesia, encontrándola en un bolsillo de su pantalón.

Encendió la luz de la cocina, y esta se iluminó con una luz mortecina, que amarilleaba en la bombilla que colgaba del foco de metal del techo y se sentó cerca de la chimenea, la cual aún desprendía un calor agradable producido por los rescoldos y las brasas de la leña que se habían convertido en carbón. Repasó con el dedo el trazado de las galerías en las que había estado unas horas antes, imaginando a donde llevarían aquellos pasadizos y después de reflexionar un rato, pensó que sin duda, se comunicaban con las bodegas excavadas en las pequeñas lomas y colinas que estaban a la entrada del pueblo, relativamente cerca de la iglesia.

Las horas perseguían a los minutos cuando el tiempo se deslizaba en la noche devorando los segundos y empezaron a filtrarse lentamente las primeras claridades que acompañaban a la aurora degradando la oscuridad, y el sueño venció al cura que acabó dando cabezadas sobre la mesa de la cocina. Se despertó sobresaltado cuando sintió que alguien le echaba algo sobre los hombros, y al darse cuenta de que había llegado la mañana comenzó a tiritar, entumecido y aterido.

—Te has quedado dormido sobre la mesa —le dijo su hermana, que era quien le había tapado con un manta.

—Sí, eso parece —respondió don Benjamín, bostezando soñoliento, arrebujándose en la manta.

—¿Quieres un café? —le preguntó su hermana, mientras ponía a hervir agua en el cazo de porcelana y preparaba el colador.

—Sí, claro —respondió el cura, poniéndose las gafas y doblando el croquis de los pasadizos de la iglesia, sobre los que tanto había conjeturado.

Mientras hervía el agua con el café y don Benjamín preparaba otro cacillo con leche, su hermana Luisa se había acercado a la cuadra, donde guardaban antes a los animales, y ahora amontonaban allí la

leña seca con la que calentaban la casa. Tras coger un par de troncos se dirigió de nuevo a la cocina, atravesando el corral y sorteando a las gallinas que comenzaron a cacarear, pidiendo de comer. Su hermano, mientras tanto, había colado el café con el colador de tela que sacó del cajón de los cubiertos y echaba la leche en los tazones, cuando Luisa entró en la cocina dirigiéndose a la chimenea y comenzó a atizar los débiles rescoldos que empezaron a arder entre la leña a golpe de fuelle.

Cuando las llamas comenzaron a quemar las astillas que ardían entre la corteza de la madera, las lenguas amarillas y azules se alzaron como explosiones iridiscentes al alcanzar la combustión cada vez a mayor temperatura, y mientras tomaba el café al que acompañó de una rebanada de pan con manteca, al cura le pareció que un demonio danzaba en el fuego, y su mirada y sus pensamientos se acabaron enredando entre las figuras que dibujaba la flama, pensando por un instante que estaba viendo la luz del fuego del infierno.

—Te quedaste muy tarde anoche escribiendo el sermón. —Le reconvino al cabo de un rato su hermana—.Las noches son muy frías y si no te abrigas vas a coger una pulmonía.

—No te preocupes —la tranquilizó don Benjamín agradeciendo la preocupación de Luisa—. No podía dormir y me levanté a pensar y reflexionar sobre algo que me tenía un poco inquieto.

—¿Qué es lo que te preocupa? —le preguntó, a su vez, inquieta Luisa—. ¿Ha ocurrido algo que yo no sepa?

—No, no —la tranquilizó de nuevo su hermano— es algo relacionado con la homilía del domingo, que no acabo de darle el sentido que quiero.

—No sé por qué te preocupas tanto, si en esta época del año son muy pocos los feligreses que van a misa los domingos —le dijo Luisa, encogiéndose de hombros, empezando a recoger los cacharros del desayuno.

—Sí, no sé por qué me preocupo tanto —repitió el cura, levantándose él también para ayudar a su hermana a recoger.

Más animado y tranquilo a medida que avanzaba la mañana, el cura de Valdemora dedicó el tiempo a terminar el sermón que daría en la liturgia de la misa y decidió no pensar más en aquellos túneles que le habían robado el reposo nocturno.

Rememoraba don Benjamín aquellos días, en que bajó a los pasadizos el pasado invierno y dio con la cripta de la iglesia de *«La*

Magdalena», mientras el sol iluminaba los almendros que se erguían como candelabros vegetales al cielo y parecían escuchar los mudos pensamientos del cura, mientras la mañana avanzaba y él dejaba que pasase el tiempo antes de acudir a su cita.

La homilía había gustado a sus escasos feligreses, recordó, aquel frío domingo de enero, como así lo probaron las felicitaciones que le dedicaron al acabar la misa y regresar a sus casas al calor del hogar, y cuando, por fin, se quedó solo después de comer, regresó a la iglesia y tras echar la llave de la misma, se encerró en la sacristía. El silencio reinaba en la tarde de domingo en la que la helada comenzaba a asomarse en los cristales de la ventana, amenazando con introducirse entre los gruesos muros del templo. Don Benjamín quitó la tabla del armario y el olor del aire viciado le golpeó con la fuerza de una nausea sobrevenida y se preparó para bajar de nuevo las peligrosas escaleras carcomidas por el tiempo y el olvido.

Abrigado y embutido en un mono de trabajo y provisto de un par de linternas, comenzó a descender con precaución los peldaños hasta que llegó al suelo. El silencio que impregnaba aquella oscuridad solo era perturbado por el goteo del agua que se filtraba por las paredes y el haz de luz de la linterna proyectado le permitió fijarse, mientras avanzaba, en unas hiladas de ladrillos que corrían oblicuamente en ambas paredes y que al mirar la brújula, le indicaron el noroeste. Supuso que se encontraba cerca de las bodegas que estaban parejas a los muros del cementerio y pensó que pronto se encontraría con los pudrideros que, seguramente, se habían utilizado en tiempos remotos.

Recorrió aún un largo trayecto, avanzando con dificultad debido a la oscuridad de las galerías, cuyos muros trasudaban agua, pues parecía que el recinto estuviese bañado por un estrato acuoso que debía provenir del antiguo lecho del arroyo que alimentaba el pozo. De pronto, orientándose hacia el oeste, llegó hasta lo que parecía la nave central, en cuyo extremo se encontraban los restos de lo que fue en su día una escalera de madera que conducía al osario, calculando que se hallaba en los subterráneos del cementerio y pensó que de allí partirían, sin duda, los túneles que llevarían hasta las bodegas.

Descubrió al enfocar con la linterna varios cajones de mampostería perimetrales y supo que eran los sitios donde recostaban los cuerpos que cubrían con cal y tierra para acelerar el proceso de esqueletización de los mismos. Vio, entre los montones informes de tierra, esparcidos e incrustados en ella, restos de huesos rotos y desmembrados que se habían convertido en un amasijo indefinido, mientras

se alejaba unos pasos sobresaltado y enfocaba hacia el techo, del que aún se conservaba partes de una bóveda, casi por entero derruida, y que, sin duda, su derrumbe había provocado el destrozo de las mamposterías contenedoras de restos y huesos, que dejaba adivinar los arranques de viejos arcos que aún se conservaban.

Decidió desandar el camino para tomar la dirección norte que le indicaba la brújula y por un momento tuvo la sensación de que algo flotaba en aquellas galerías que se movía entre la oscuridad y el silencio, sintiendo como su boca se secaba al girarse sobre sí mismo, mientras el frío recorría su espalda, activando el instinto de supervivencia y dejando que el miedo drenara su aliento sobre él. Tras enfocar rápidamente con la linterna a todos los puntos de sombras que le rodeaban, no consiguió distinguir nada, pero la impresión le acompañó mientras se alejaba de aquel sitio y andaba sorteando con precaución los obstáculos de piedras y desprendimientos para no caer, internándose en la otra galería.

Pensó, que sin duda, ese túnel conducía hacia Castilfalé, el pueblo cercano y decidió seguir en línea recta la dirección que le indicaba la brújula, avanzando casi a trompicones por el suelo irregular y en el que, solo el haz amarillo de la luz de la linterna conseguía romper las sombras que lo envolvían todo, hasta que al cabo de un rato esta empezó a fallar. Don Benjamín tuvo que echar mano de la que llevaba de repuesto, y se dijo que no podría adentrase mucho más, pues le daba miedo que la segunda linterna también fallase y acabase perdiéndose en aquellos túneles.

Enfocó de nuevo hacia el inexistente horizonte y a su derecha vio que se abría otro camino que guardaba en uno de los laterales algo que sobresalía y se internó hasta allí, mientras la luz mortecina de la linterna enfocó una especie de sala que al recorrerla con sus haces amarillos dibujó un semicírculo, cuyas hiladas de ladrillo yacían extendidas por el solado del recinto convertidas en escombros. El párroco de Valdemora, se preguntó cuál sería la finalidad de aquel lugar y qué objetivo cumpliría su construcción, mientras sorteaba los restos de ladrillo y yeso. Al cabo de un rato de caminar entre las ruinas de aquella especie de capilla, decidió regresar pues temía quedarse a oscuras, pero en un descuido tropezó y cayó de bruces sobre los escombros, soltando la linterna que fue a caer al lado de lo que parecían unos restos de madera podrida. Se levantó como pudo y se acercó a recoger la linterna que seguía luciendo entre el yeso y la tierra que había caído del